

## E X T R A N J E R O

**Alemania.** — En Brannschweig se ha creado un Instituto de Investigación para las ciencias de la Educación, que tiene por fin estudiar aquellos problemas que se desprenden de la pedagogía orientada cada vez más especulativamente y dependiente de otras disciplinas para convertirla en una ciencia empírica y autónoma. El Instituto tendrá una biblioteca especial y un archivo que debe servir para registrar todas las opiniones, publicaciones y trabajos prácticos en el campo de la pedagogía. El Instituto ha sido organizado bajo la forma de una fundación pública, pero autónoma.

**Chile.** — Según noticias que recibimos, han cesado los destierros y persecuciones que sufrían los más significados defensores de la reforma escolar, quienes han vuelto ya a sus hogares. Ahora falta que el Gobierno termine esta obra de reparación volviendo a ponerles al frente de sus destinos docentes a esos maestros, profesores y directores que no cometieron más falta acaso que poner demasiado entusiasmo en su obra renovadora.

**Estados Unidos.** — Según una encuesta reciente en 1925-26, los gastos de la educación pública y privada ascendieron en los Estados Unidos a 2.500.000 de dólares. Estos gastos suponen un aumento de 250 por 100 con relación a los de 1913-14. La mitad de este aumento se debe a las escuelas primarias públicas. En ese período la matrícula de éstas pasó de 17.934.000 alumnos a 20.984.000, o sea un 17 por 100. A escuelas primarias públicas se dedica en 1925-26 la fabulosa suma de 1.328.396.000 dólares; a escuelas secundarias («high schools»), 697.912.000 y a universidades y escuelas profesionales 407.400.000.

**Francia.** — Los sueldos del personal primario en vigor son los siguientes: Inspectores primarios: 20.000 a 30.000 francos anuales en seis ascensos por años de servicio. Profesores y directores de escuelas normales: 15 a 30.000 francos en las mismas condiciones. Profesores y directores de escuelas primarias superiores: 15 a 28.000 francos, ídem íd. Maestros de escuelas primarias: 10.500 a 16.500 en ídem. (Decretos 10 y 27 julio 1929.)

**Suiza.** — Con motivo de la celebración del L aniversario de su nacimiento, nuestro ilustre colaborador M. Ad. Ferrière ha recibido manifestaciones de simpatía de todas las partes del mundo. Como se sabe, M. Ferrière es el fundador de la Oficina Internacional de Escuelas Nuevas, hoy adherida a la Oficina Internacional de Educación, de la que es uno de los directores. M. Ferrière es también uno de los fundadores de la Liga Internacional de Educación Nueva y el director de la revista *Pour l'Ere Nouvelle*. Finalmente, es autor de una veintena de obras pedagógicas del mayor interés, la mayoría traducidas a diversos idiomas. Con motivo de este aniversario renovamos a M. Ferrière la expresión de nuestra simpatía y respeto.

## LOS ATLAS LINGÜÍSTICOS Y LAS HABLAS POPULARES

POR T. NAVARRO TOMÁS

Del Centro de Estudios Históricos, Madrid

Dentro del estudio científico del lenguaje la cuestión que hoy ocupa preferentemente la atención de una gran parte de las personas que se dedican a este estudio, es la que se refiere a la investigación de los dialectos y hablas populares.

El Congreso Internacional de Lingüística, reunido en El Haya en mayo de 1928, tomó el acuerdo de dirigirse a la Sociedad de Naciones para que desde la Comisión de Cooperación Intelectual que forma parte de dicha Sociedad, se hiciese presente al Gobierno de cada país la conveniencia de realizar en el plazo más breve posible el estudio lingüístico de las regiones comprendidas bajo su dominio.

Fué éste, sin duda, el acuerdo de mayor trascendencia y significación de dicho Congreso. Especialistas en filología germánica o románica, en fonética y en lingüística indoeuropea estuvieron conformes en destacar, como punto principal de sus conclusiones, el asunto a que dicho acuerdo se refiere.

Se aspira con esta iniciativa a mover a cada país a la ejecución de su Atlas Lingüístico, o sea a realizar el estudio metódico de sus hablas populares, de manera que cada fenómeno concerniente a esta materia pueda ser representado en un mapa, con expresión del conjunto de sus variantes y diferencias y de la extensión geográfica de cada una de ellas.

Francia tiene ya publicado su Atlas Lingüístico desde 1909. Es una obra monumental constituida por 17 volúmenes de gran tamaño, que contienen 1.920 mapas, en que se representa el lenguaje de unos 1.000 pueblos distintos. Fué realizada por los Sres. J. Gillieron y E. Edmont, mediante un formidable esfuerzo empleado durante varios años en continuos y costosos viajes subvencionados por el Estado francés.

Rumania posee también su Atlas desde 1909, elaborado y publicado por G. Weigand, con el auxilio económico de la Academia de Bucarest y de la Universidad de Leipzig. Forma un volu-



men con 67 grandes mapas en que se exponen varios aspectos de la composición lingüística de Rumania.

En 1923, A. Griera, siguiendo paso a paso el plan y el método del Atlas francés, empezó a publicar bajo los auspicios del Institut d'Estudis Catalans, el Atlas Lingüístico de Cataluña, del cual aparecieron tres fascículos entre el citado año y el siguiente.

El Atlas de Italia y de la Suiza italiana, elaborado por los profesores suizos K. Jagber y J. Jud, con la colaboración de los señores Scheuermaier, Rohlfis y Wagner, ha dado en 1928 sus dos primeros volúmenes, en los cuales se aprecia un notable progreso sobre la técnica de los atlas anteriores. Los gastos de su elaboración han sido sufragados por diferentes entidades y particulares suizos, y su publicación se hace con la ayuda especial de la Sociedad de Investigaciones Científicas de Zurich.

Alemania prepara su Atlas Lingüístico, empezado por Winker hace muchos años. En cuanto a los países germánicos, anglosajones y eslavos, la organización de estas obras ha sido menos activa que para los pueblos románicos. Entre estos últimos el retraso más notorio y saliente es el de España y Portugal.

Al Atlas de Francia corresponde el mérito de haber sido el primero en revelar el profundo interés de una obra de esta especie. La representación de conjunto de las diversas manifestaciones de un mismo fenómeno fonético, morfológico, sintáctico o lexicográfico, considerado panorámicamente sobre toda la extensión de un país, ha dado un sentido nuevo a conceptos y principios tradicionales en el estudio de estas materias y ha enriquecido con un copioso caudal científico de múltiples derivaciones y recursos el campo de la lingüística.

Se comprende fácilmente que estos resultados han de multiplicar su alcance y eficacia cuando los hechos que se estudian, recogidos y expuestos en términos de posible comparación, puedan ser considerados no sólo con relación a los pocos países hasta ahora explorados, sino sobre todos aquellos pueblos de los cuales se espera que, sumando su cooperación a esta gran empresa, han de publicar sus atlas respectivos.

La urgencia con que el acuerdo del Congreso de El Haya requiere la formación de estas obras se funda en el rápido proceso de desaparición que por todas partes se observa en las hablas dialectales ante el gran desarrollo moderno de los medios de comunicación y ante la difusión uniformadora de las lenguas literarias.

El sabio lingüista francés A. Meillet, a quien se debe la iniciativa del referido acuerdo y el estímulo de la actividad que alrede-

dor de esta idea se está desarrollando, después de insistir una vez más en el *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 1929, tomo XXIX, pág. 77, sobre el interés del estudio de los dialectos y hablas populares, hace notar con expresivas palabras que cada habla local que se pierde antes de que sus características propias hayan sido exactamente recogidas es una página que se borra para siempre de la historia del lenguaje.

Las características locales a que en esas palabras se alude son las formas de pronunciación, gramática y vocabulario que corrientemente se tienen en cada país por deformaciones y corrupciones de la lengua culta. En España especialmente es general la idea de que, aparte de lo que corresponde a los dominios del gallego, vasco, catalán, valenciano y mallorquín, todo lo que aparece en el habla de las demás provincias, distinto de la lengua escrita y de lo que se enseña en las escuelas, no es otra cosa que castellano estropeado.

Las peculiaridades más salientes del habla de un lugar determinado, la modalidad que en él presenta la pronunciación de algún sonido, el sentido especial que se da a alguna palabra o, cuando menos, la cadencia o soniquete de su entonación son cosas ordinariamente señaladas, sobre todo entre las gentes de los pueblos vecinos, con gesto de burla y desestimación.

Las discrepancias populares respecto al idioma literario se atribuyen a incultura e ignorancia. Los maestros persiguen estas discrepancias como defectos execrables, y hasta en órganos influyentes sobre la opinión pública se ha juzgado al dialectalismo como materia indigna de ser recogida ni estudiada.

Es verdaderamente meritorio que en ambiente tan poco propicio no haya dejado de haber hombres abnegados que, como Borao, Baraibar, Lamano, Sevilla y otros, se han preocupado de recoger siquiera algo del vocabulario popular de ciertas regiones españolas.

Fuera de algunas comarcas como Asturias y el Alto Aragón, donde los dialectos locales subsisten con singular vitalidad, el forastero que llega a uno de nuestros pueblos con propósito de estudiar las peculiaridades del lenguaje tropieza con prejuicios y faltas de interés, cuando no con recelos y suspicacias, que dificultan y entorpecen su trabajo.

El campesino recela de que se examine su modo de hablar, temiéndole la burla o censura de los defectos que se le puedan descubrir. El investigador dialectal necesita poseer un fuerte poder persuasivo para vencer la desconfianza de sus sujetos y la actitud



incrédula de los circunstantes que suelen sonreír con aire de lástima o superioridad ante los provincianismos que se van anotando.

Para muchas gentes resultará incomprensible que a hombres de ciencia, en una asamblea internacional, se les haya ocurrido utilizar nada menos que la influencia de la Sociedad de Naciones para que se recojan y den a conocer estas formas vulgares con que los pobres campesinos sin letras ni cultura corrompen el idioma de las personas instruídas.

Se ha logrado despertar cierto sentimiento colectivo de aprecio y estimación por costumbres y tradiciones populares que hasta no hace mucho se miraban con indiferencia o desdén, por antiguos palacios, murallas y castillos que se hallaban arruinados y desatendidos, y por viejos muebles y vestidos que se tenían arrumbados como restos inservibles de modas pasadas.

Desgraciadamente, para divulgar el aprecio de las hablas populares no se puede contar con el estímulo económico que tanto ha contribuído a elevar el concepto de los objetos antiguos.

La estimación del lenguaje popular tiene que crearse rectificando la falsa idea de que las formas de dicho lenguaje sean corrupciones de la lengua culta, haciendo saber que cualquier término, expresión o giro local es por su origen y evolución una parte inseparable de la propia tradición del pueblo en que se usa, y enseñando asimismo que del conocimiento de esas variantes populares depende en muchos casos la interpretación exacta de determinados puntos de la historia del idioma nacional.

Nadie como los maestros nacionales, situados precisamente en contacto directo y constante con estas cuestiones, para ir rectificando en la opinión de las gentes el menosprecio de las hablas locales. Esto no significa, naturalmente, que no haya que enseñar a distinguir con todo escrúpulo lo correcto de lo incorrecto ni que haya que descuidar de ningún modo el estudio y la práctica de la lengua literaria. Se puede corregir el provincianismo sin dejar de reconocer su interés histórico y su valor lingüístico. El prestigio del idioma culto y las ventajas indiscutibles de su uso no necesitan para su defensa el desprecio ni la humillación de lo dialectal.

Los dialectos y hablas locales puede decirse que tienen sus días contados. La intensificación de la enseñanza escolar y la expansión creciente del idioma culto los van arrollando y demoliendo con paso firme y seguro. No hay que preocuparse de alargar su vida ni de acelerar su muerte. Lo que hay que hacer, como decía admirablemente Unamuno, es embalsamarlos en ciencia.

Así como la escuela ha sido seguramente el centro principal

desde donde se ha extendido la descalificación del dialectalismo, de la escuela debe esperarse también una eficaz influencia en favor de la rehabilitación en el concepto común de las gentes de este importante elemento de la tradición popular.

La idea de hacer el Atlas Lingüístico de España es ya antigua en D. Ramón Menéndez Pidal. El Sr. Menéndez Pidal hizo el primer estudio geográfico-lingüístico de una región española en su monografía titulada *El Dialecto Leonés*, 1906. Antes de 1909, es decir, cuando aun no se había terminado la publicación del Atlas francés, ya el Sr. Menéndez Pidal trataba de encauzar y dar forma a la realización del Atlas español. Pero han pasado los años y, a pesar del constante e insistente interés del ilustre maestro, la obra no se ha hecho.

La causa de este retraso, que hace que España no figure aún en esta actividad en la línea de los demás países románicos, no puede atribuirse seguramente al Sr. Menéndez Pidal ni a sus colaboradores. En el fondo dicha causa es la misma que dificulta y retrasa entre nosotros la realización de tantas otras empresas análogas, como la publicación de antiguos e importantes textos inéditos, la formación del diccionario de autoridades del español medieval, la organización del gran glosario general de la lengua hablada, la investigación metódica del folk-lore español, etc.

Hacer el Atlas Lingüístico de España no es empresa fácil. Aparte de la preparación especial de las personas que hayan de tomar parte en este trabajo y de la grave y delicada tarea de redactar los cuestionarios que han de servir de instrumentos de investigación, adecuados a los diversos aspectos de la materia, se necesita recorrer por todo el país varios centenares de pueblos, elegidos precisamente entre los más retirados de las vías de comunicación, y detenerse en cada uno de ellos algunos días para reunir la extensa y escrupulosa información que la obra requiere. Basta esto para darse cuenta de la cantidad de trabajo, tiempo, viajes, gastos y dificultades que tal obra representa.

El llamamiento del Congreso de El Haya, trasmitido al Gobierno español por la Sociedad de Naciones, viene a avivar la necesidad de acometer definitivamente esta obra. La Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado ha recogido con atención e interés dicho llamamiento. Aunque no se cuente aún con la seguridad de disponer de los recursos necesarios para atender a los gastos indicados, parece ser que esta vez el Sr. Menéndez Pidal va a tener la satisfacción de poner en marcha su proyecto.

Falta que la idea encuentre, para poder llevarla hasta el fin,



no tanto el apoyo material que necesita, con ser éste tan importante, como ese otro género de cooperación, tan indispensable en una obra de esta especie, que es el que prestan una estimación comprensiva en el ambiente y una actitud propicia en las numerosas y diversas personas a quienes los colaboradores del Atlas, en sus viajes por pueblos y aldeas, se tienen que dirigir.

UN DERECHO Y UN DEBER

## LOS HUÉRFANOS DEL MAGISTERIO

POR LUIS SANTULLANO

Por fin le ha llegado la vez al magisterio primario de ocuparse de sus huérfanos. Es sensible que no lo haya hecho antes, espontáneamente y de manera que satisficiera, a pesar de las demandas de unos pocos y de la intervención palabrera o plumífera de muchos. Porque se trata, fundamentalmente, de una cuestión de sensibilidad que los educadores se hallan como obligados a percibir más finamente, sin que la administración tenga que operar con el acicate. Pero las cosas no se producen siempre como quisiéramos y hasta cabe decir que el gesto oficial responde al estímulo de la aspiración una y otra vez manifestada por el magisterio que así puede atribuirse la iniciativa.

Nuestro gusto personal hubiera preferido que ésta se desarrollase en el recinto de la asociación corporativa, de modo que sólo los maestros con sus medios personales y materiales realizaran una obra que debiera ser más suya, más íntima y cordial que otra alguna. Lo que no excluía el apoyo del Estado en la forma que ahora se concede o en otra que fuese equivalente. Pero hemos de admitir gustosos lo hecho y partir de aquí en el examen de la cuestión planteada.

Sería ocioso y pretencioso querer definir en unas cuartillas el modo perfecto de desarrollarla. Afortunadamente son muchas, en España, las personas que conocen la experiencia extranjera ya directamente, ya por la lectura de los libros que la exponen, entre los cuales cabe señalar el de Sluys, Devogel y Smelten *Los huérfanos*, traducido al castellano. Por otra parte, la experiencia ajena, en esto como en todo, tiene una influencia limitada. Si se pretende seguirla tal como es, se corre el riesgo de aplicarse a la copia servil y externa, sin recibir el espíritu que anima la obra y que en semejantes circunstancias no se comunica. Y si se busca

sólo la sustancia y razón del éxito, hemos de hallarnos nosotros en condiciones de encarnarlas, de recrearlas; lo que supone virtud propia y disposiciones que merecen ser dejadas en libre y fecunda espontaneidad.

No pretendemos decir con ello que sea inútil el conocimiento de lo extraño, sino que esto continuará siéndolo para quienes no lleven dentro la vocación y el arte personales y que sería ingenua y lamentable la improvisación de aquellos que aún creen en las recetas y en la simple y rápida información mediante viajes de ida y vuelta. Desde luego, esta información sirve y es necesaria para quien antes se haya planteado una larga serie de interrogantes.

Ahora bien, el primer postulado que se ofrece al examinar la cuestión que plantea la asistencia a los huérfanos del magisterio —y así de los demás— es que se trata de un delicado empeño de educación, en el cual habrá de suplirse de algún modo al medio familiar que la desgracia ha arrebatado a los niños. Esto nos lleva inmediatamente—según hemos sugerido en otra oportunidad— a plantear la resolución a base de la escuela; esto es, a centrar en ésta la obra que a los huérfanos interesa.

Cabría, pues, recomendar, antes que nada, la organización de centros escolares con internado, y no—como suele pensarse—la creación primera de estos internados y la agregación auxiliar de una escuela. Porque si en algún caso se halla indicada la extensión máxima de la obra escolar es en éste de los huérfanos, cuya vida toda ha de amparar y dirigir el maestro con las colaboraciones necesarias. Estas casas de huérfanos, cuyas horas regiría y animaría la escuela—que habría de gobernar la vida toda del muchacho—, pudieran ser de este modo nuevos centros de educación que, al beneficiar a los huérfanos, ofrecerían normas para la transformación de nuestra obra escolar.

En su aspecto pedagógico no es necesario que tales centros —en el número conveniente— respondan a un tipo uniforme; antes interesaría dejar el más amplio margen a la iniciativa de quienes hayan de dirigirlos, cuya designación, claro es, no habría de hacerse por los usuales sistemas de oposición, sino por el conocimiento de las personas, atestiguado en la labor de cada día y en la relación familiar y social. Los procedimientos de llegar a este conocimiento son varios y al alcance del buen deseo de acertar; como son varios y practicables los medios de facilitar a los directores las colaboraciones deseables en estas casas de huérfanos, concebidas en el tipo mejor de las escuelas nuevas y con su ambiente familiar.